



CUADERNOS  
DE HORIZONTE

# *El espíritu de Roma*

*Fragmentos de un diario*

VERNON LEE

EDICIÓN DE AMPARO  
SERRANO DE HARO

LDH

## **Vernon Lee**

**BOULOGNE SUR MER, FRANCIA, 1856 -  
SAN GERVASIO BRESCIANO, ITALIA, 1935**

\*

Pseudónimo de la escritora inglesa nacida en Francia Violet Paget. Poeta, novelista, autora de cuentos fantásticos, fue también ensayista de arte y música sobre el país al que dedicó gran parte de su esfuerzo intelectual: Italia. Pasó su infancia viajando por toda Europa en compañía de su familia hasta asentarse en Florencia, en la villa Il Palmerino. Mujer de apasionado temperamento e inteligencia inusual, polemizó con escritores como Oscar Wilde o Henry James y cultivó la amistad de Edith Wharton, G.B. Shaw, o Mario Praz. Desde que empezó a publicar con nombre masculino se vistió habitualmente de hombre y en sus años finales fue una firme defensora del pacifismo y los derechos de la mujer.

Largamente olvidada, tras su muerte fue redescubierta en la década de los noventa por la investigación feminista. Es autora de una amplísima bibliografía, sobre temas de arte y estética, novelas, cuentos, relatos de viajes y poemarios.

**AMPARO SERRANO DE HARO** es escritora, autora de varias novelas y ensayos sobre arte. Es también profesora titular de Historia del arte en la UNED.

Título original:  
*The Spirit of Rome: Leaves From a Diary*, 1906

Título de esta edición:  
*El espíritu de Roma. Fragmentos de un diario*

Primera edición en  
LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:  
julio de 2019

© de esta edición:  
LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:  
[www.lalineadelhorizonte.com](http://www.lalineadelhorizonte.com)  
[info@lalineadelhorizonte.com](mailto:info@lalineadelhorizonte.com)

© de la edición, traducción y texto de introducción:  
Amparo Serrano de Haro

© de la maquetación y el diseño gráfico:  
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico  
© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito Legal: M-22582-2019  
ISBN: 978-84-17594-18-3 | IBIC: WTL;LDST  
Imprime: Estugraf | Impreso en España | *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

CUADERNOS  
DE HORIZONTE  
SERIE AZIMUT

*El espíritu  
de Roma*

*Fragmentos de un diario*

**VERNON LEE**

EDICIÓN, TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE  
**AMPARO SERRANO DE HARO**

LA LÍNEA DEL HORIZONTE  
*ediciones*



RETRATO DE LA JOVEN VIOLET PAGET  
ANTES DE QUE COMENZARA A FIRMAR  
COMO VERNON LEE.



*Vernon Lee. Isla con fantasmas ... 13*

Por AMPARO SERRANO DE HARO

## *El espíritu de Roma*

EXPLICATIVO Y APOLOGÉTICO ... 45

- I. Primera vuelta a Roma ... 47
- II. Una misa pontificia  
en la Capilla Sixtina ... 48
- III. Segundo regreso a Roma ... 51
- IV. Aracoeli ... 52
- V. Villa Caesia ... 54
- VI. El Panteón ... 54
- VII. Por el cementerio ... 55

PRIMAVERA DE 1895 ... 57

- I. Villa Livia ... 59
- II. Galería de Colonna ... 60
- III. San Saba ... 60
- IV. S. Paolo Fuori ... 61
- V. Pineta Torlonia ... 61

PRIMAVERA DE 1897 ... 63

- I. Regreso a medianoche ... 65
- II. Villa Madama ... 66

- III. De Valmontone a Olevano ... 67
- IV. De Olevano a Subiaco ... 68
- V. Acqua Marcia ... 69
- VI. El Sacro Speco ... 69
- VII. El Valle del Anio ... 71
- VIII. Vicovaro ... 73
- IX. Tor Pignattara ... 74
- X. Villa Adriana ... 75
- XI. San Lorenzo Fuori ... 76
- XII. En las colinas albanas ... 77
- XIII. Jueves Santo ... 78
- XIV. Viernes Santo ... 79
- XV. Asfódelos ... 80
- XVI. Nettuno ... 81
- XVII. Torre Astura ... 83

PRIMAVERA DE 1899 ... 85

- I. Los muros ... 87
- II. Palazzo Cenci ... 88
- III. Monte Cavo ... 89
- IV. Un dios del río ... 92
- V. El Panteón ... 93
- VI. Santi Quattro Coronati ... 94
- VII. Más allá del Pont Molle ... 95

PRIMAVERA DE 1900 ... 97

- I. Las puertas ... 99
- II. Roma de los últimos días ... 101
- III. Santa Balbina ... 102
- IV. Las catacumbas ... 103
- V. Rione Monti ... 104
- VI. Amphorae ... 106
- VII. Misa en Letrán ... 107
- VIII. Ilusión teatral ... 108
- IX. Santa María en Cosmedin ... 109
- X. Inscripciones ... 110
- XI. Palazzo Orsini, (Antiguo Savelli) ... 111

PRIMAVERA DE 1901 ... 115

- I. Quomodo Sedet ... 117
- II. Villa Falconieri ... 119
- III. Porta Latina ... 120

PRIMAVERA DE 1902 ... 123

- I. El basurero ... 125
- II. Las excavaciones ... 126
- III. La reunión ... 128
- IV. ... 128
- V. Monte Mario ... 129
- VI. Vía Ostiense ... 129
- VII. Patio del palacio ... 130



PRIMAVERA DE 1903 ... 133

- I. Volver a Roma ... 135
- II. Domingo de Ramos ... 136
- III. Mondragone ... 138
- IV. San Saba ... 139
- V. Un convento ... 138
- VI. Jardines de Colonna ... 142
- VII. Palo ... 142
- VIII. Fiumicino ... 145
- IX. Vía Ardeatina ... 146
- X. San Teodoro ... 146

INVIERNO DE 1904 ... 149

- I. Palo ... 151
- II. Un paseo en la oscuridad ... 151
- III. Tusculum ... 152
- IV. San Pedro ... 154
- V. Las Criptas ... 155
- VI. San Stefano ... 157
- VII. Vía latina ... 157

PRIMAVERA DE 1905 ... 159

- I. Roma de nuevo ... 161

POSDATA ... 163

**VERNON LEE:  
ISLA CON FANTASMAS**

AMPARO SERRANO  
DE HARO



Vernon Lee, cuyo verdadero nombre era Violet Paget (1856-1935), fue una isla... Inglesa, de padre francés y residencia casi permanente en Italia; aislada en medio del poderoso océano que fue la construcción secular de la cultura victoriana, para la que ella era demasiado rupturista y avanzada, pero a la vez rechazada por el otro proceloso futuro mar de la modernidad, cuyos navegantes querían cortar con el pasado reciente; enamorada del arte sin ser pintora, sino con las palabras («*word painter*»); vocacional historiadora del arte de bellísima prosa y también escritora cuyas historias, a menudo fantasmales, se sitúan siempre en los confines artísticos del pasado. Fue la suya una existencia entre dos siglos, dos culturas, dos sexualidades y dos vocaciones que exigían una definición perentoria que nunca llegó, y que, al contrario, la colocaron en el abismo del funambulista que va de una cumbre a otra, eligiendo finalmente situarse en una equidistante tierra de nadie que es, quizás, el único lugar en el que las personas extraordinarias pueden ser realmente fieles a sí mismas.

15

Su nombre ha sido durante mucho tiempo una palabra clave, una contraseña discreta por la que los amantes de lo exquisito y las gemas raras del arte y la literatura, podían reconocerse como hermanos de la sociedad secreta de la excelencia, en medio de los conocimientos más frecuentados y, por supuesto, más férreamente defendidos, por ser más, evidentemente, *evidentes*.

En Vernon Lee nos encontramos con una personalidad de ambición plural que escribió cuentos, novelas, textos de viaje, crítica de arte, textos pacifistas, teoría psicológica y estética; alguien que fue calificada por

las mentes más brillantes de su tiempo como «excesivamente inteligente» al decir de Henry James, Oscar Wilde, Lytton Strachey, Mario Praz...Y que, sin embargo, logra pasar casi de puntillas por el éxito y la fama.

Sin duda tanto su condición de viajera permanente, y en cierto modo «apátrida», no jugó a su favor, al igual que su lesbianismo: todos sabemos ya que la base «infame» de la fama es el uso político o de cualquier tipo al que ese alguien pudo prestarse en vida, o al uso que se hizo de ella a su muerte por las generaciones posteriores. Son difíciles las posibilidades de adscribir a Lee a alguna causa útil, a cualquier «poder», incluyendo el feminismo —aunque sin duda se ha vuelto a recuperar su figura gracias a él— a pesar del acercamiento de Lee a los presupuestos feministas de sus últimos años. Pero la manipulación a la que se puede someter una figura tan libre, contradictoria e independiente como la suya, es casi nula.

16

También, sin duda, su condición femenina y su amplia cultura le hicieron proclive a caer en ese «Triángulo de las Bermudas» histórico que se tragó durante siglos a cualquier mente brillante que tuviese la ocurrencia de nacer mujer, es decir, el abismo insondable y hambriento de lo *amateur*. Lee, que empezó a publicar a los veinticuatro años, fue considerada una aficionada, quizás genial, pero no una figura «importante» o de «autoridad», por esas dos *razones* tan poco razonables: por ser mujer y por escribir inteligentemente, sobre muchos temas diversos.

También es cierto que al ser mujer se aceptó más fácilmente su dedicación a actividades literarias conside-

radas por entonces menores o «ligeras»: esencialmente la crítica de arte, los cuadernos de viaje y las historias de fantasmas —que tenían el mismo seguimiento popular entonces que tienen ahora los *thrillers* o novelas *noir*—. Por ello es pertinente plantear la difícil cuestión de delimitar si realmente eligió escribir sobre los temas que amaba, o si escribió sobre aquello de lo que se podría aceptar, socialmente, que ella fuese la autora y, que, por lo tanto, sus escritos pudiesen ser publicados. Sería, efectivamente, una delicada decisión, si no fuese porque hay tanta pasión y conocimiento en sus escritos sobre arte, tanta personalidad y nostalgia en su acercamiento a una ciudad, tanto dolor en sus fantasmas...

Es reseñable, aunque sea de pasada, al igual que ocurre con el tema de las mujeres fotógrafas al final del XIX y principios de siglo XX, que escribir sobre arte era considerado entonces una tarea esencialmente «femenina». El abandono de la fotografía en manos de mujeres se dio fácilmente por considerarse un medio esencialmente mecánico de reproducción, de «mímesis» que no se pensaba, en líneas generales, que requiriese ningún talento especial, ningún don, ni técnica, ni genio, sino solo paciencia y la capacidad de manejar, repitiendo una y otra vez el mismo proceso, unos aparatos no excesivamente complicados. También se consideraba en la prensa que era muy «propio» y adecuado que fuese una mujer la que escribiese sobre arte, ya que el tema en sí se juzgaba «femenino», pues se trataba de «describir» con «sensibilidad» lo que ya estaba a la vista; de rendir en palabras, en algo similar a un proceso de traducción «mimética», lo que estaba ya hecho y lo que, por lo

tanto, no requería «inventiva», ni tampoco ningún talento especial, sino paciencia y atención al detalle. Además, claro, de modo subterráneo, estaba la asociación casi automática que se hacía entonces del arte con la belleza y de esta última con la mujer: de algún modo, era lógico que fuese alguien ligado por su naturaleza a las «leyes de la belleza» quien hiciese la descripción de un objeto artístico regulado por esas mismas leyes.

Aunque su nombre de nacimiento fue Violet Paget, ella escribía con el pseudónimo masculino de Vernon Lee. Y eso era, entonces, algo relativamente aceptable: mujeres escribiendo con nombre masculino o bajo la cobertura de «Anónimo», una incidencia tan común que llevó a Virginia Woolf algunos años después a declarar: «Anónimo es una mujer». Pero como siempre ocurre con los seudónimos, su función va más allá de resolver una dificultad social: es también una necesidad psicológica. Es la máscara más real. Para Vernon, este nombre falso representa su ser más auténtico y su vida más verdadera: toda aquella persona realmente cercana a ella, la conocía por su seudónimo y así firmaba todas sus cartas personales.

Es un hecho evidente que la genialidad y el talento crean envidia, y por lo tanto enemistades, y que, a su vez, lo único que sostiene social y económicamente a alguien son precisamente esas cualidades; más aún cuando además su (discreto) lesbianismo le pone al borde de la exclusión social... La mayor riqueza de Lee eran su agudeza, su exquisita educación en las artes y el conocimiento profundo de al menos cinco idiomas. Fue fácil pensar para esas mentes rastreras, cuya vulgar

idea del éxito es que se les invite a almorzar gratis o se les traduzca a muchos idiomas —obviamente estoy haciendo una traslación humorística, a nuestra época, pues la vulgaridad entonces era el amor al dinero por encima de todo, al igual que ahora— que se la podría fácilmente eliminar de las listas que llevan primero a la Gran reputación y finalmente a la Fama eterna. Y así fue. Al menos durante el tiempo de su vida mortal. La lista de la gente que la detestaba, que la encontraba ridícula o que decían que lo era, rebuscando motivos y adjetivos para desprestigiarla; la de las amistades que rompieron con ella y nunca le perdonaron algo, es mucho más larga que la de sus amigos leales y constantes; bien es verdad que ella renovaba continuamente este apartado, llevada por una curiosidad intelectual inextinguible. Luego, claro, en los siglos venideros de los rastros no quedará nada, ni una mancha de grasa, y, sin embargo, Vernon Lee, aunque nunca totalmente ausente, después de un periodo de relativa oscuridad, resurgirá de nuevo, siendo la reedición de algunos de sus escritos y el interés por sus teorías, un fenómeno admirable e imparable que se viene dando desde el año 2000. En la actualidad, en Inglaterra, que fue su patria materna, se está procediendo a la reedición de muchos de sus escritos. Esta es por cierto la primera aparición de sus «páginas romanas» en español. El tema del eterno retorno, el triste e incierto fantasma de la inmortalidad, es, por cierto, uno de los motivos recurrentes que habitan nuestro libro, esta especie de diario dedicado a Roma.

De la genialidad de Lee, que una vez pasada la extrañeza inicial que produce el encuentro con su voz

profundamente original, no hay ninguna duda, estas páginas lo atestiguan cumplidamente, y explican el hecho de que se le abrieran muchas puertas en el mundo editorial y social, pero también por su criterio independiente, capacidad para ver más allá de las apariencias, e irreprochable inteligencia, consiguió hacerse numerosos enemigos que sembraron su vida de más dificultades de las que ya había adquirido en su infancia. El lector o lectora de este libro comprenderá inmediatamente, en cuanto empiece su lectura, que alguien que puede hablar de la Capilla Sixtina, la obra magna de Miguel Ángel, una de las obras más reproducidas y valoradas del mundo, con esa descacharrante lucidez y falta de protocolo, con la que lo hace ella y sin dar a su visión ningún énfasis, sino casi podríamos decir que «de paso», atenta solo a expresar su propia visión, es capaz de casi todo, al menos en su mente, al menos por escrito.

### **Algunos apuntes de su vida y obra**

La infancia y adolescencia de Vernon Lee están sin duda detrás de ese extraordinario coraje intelectual que tuvo que desarrollar a lo largo de su vida, y, aunque solo sea a grandes rasgos, merece evocarse algo de esa vida errante por Europa que fueron sus primeros años. Vernon era la hija de una madre bella, rica, excéntrica, de la buena sociedad inglesa, Matilda Hamilton, que, a raíz de la muerte de sus padres cuya fortuna se labró en «las colonias», entró en un interminable litigio con sus hermanos, lo que la dejará casi en la ruina. Al quedarse viuda se refugia en Francia con su hijo pequeño. Esa huida tiene por objeto, sin duda, alejarse del control social



y actuar a su guisa, pero principalmente estirar unas rentas modestas, que en el continente europeo podían asegurarle una vida más acomodada que en su propio país. En Francia se enamora del tutor de su hijo y se casa con él, y de ese curioso matrimonio desaparejado nacerá Violet/Vernon. Una madre que podría haber sido concertista de piano, excesivamente apegada a su hijo mayor, de quien Violet tomará el segundo nombre, Lee, como apellido, un padre ausente, un entorno cambiante. Para mayor consternación, el único hijo varón, Eugene Lee Hamilton, el hermano mayor de Violet/Vernon, irá sufriendo una progresiva parálisis por causas psicosomáticas que solo desaparecerá a la muerte de su madre. Abandonada a la deriva psicológica de ese peculiar enredo de afectos, seguramente excesivos y desequilibrados, en los que ella parecía ser el elemento menos importante, Vernon pronto se puso a escudriñar en su entorno inmediato en busca de algo que pudiese paliar su soledad. En ese momento, con diez años, entró en su vida una amistad de su madre que la cambiará para siempre, se trataba de Mary, la madre del artista John Singer Sargent, a quien conoce en Niza en 1866. Este es un encuentro decisivo para Vernon que hará proyectar su amor e interés hacia el arte en primer lugar. Además, puesto que su madre había elegido la música y su hermano la poesía, es lógico que encontrase en la emoción de la pintura un camino propio hacia la sublimación artística para paliar así su falta de amor y estabilidad. Sin embargo, la cualidad más determinante del genio de Vernon Lee fue siempre su capacidad para las palabras y, de modo muy inteligente, su acercamiento al arte no se

produce por medio de paletas, pinceles y pintura, sino a través del discurso, del *logos*.

Siempre ligada al arte y a las palabras, la vida de Vernon tiene, sin embargo, dos momentos que marcan un acercamiento diferente en su interés. En primer lugar, está su relación con Mary Robinson, una joven poeta inglesa de familia acomodada que conoce en el primer viaje de Mary a Florencia en 1880, que es curiosamente también la fecha de la publicación del primer libro de Vernon sobre la ópera del siglo XVIII y el fenómeno de los *castrati*, escrito siguiendo, inicialmente, el campo de interés de su madre por la música. Con Mary, cuya amistad es aceptada y aún alentada inmediatamente por la familia, tendrá una larga relación de ocho años. Junto a Mary, Vernon se lanzará a desarrollar otros aspectos, fundamentalmente literarios; se alejará de los estudios musicales, y su acercamiento al arte estará presidido por su técnica literaria y la conciencia de sus emociones. Además, empieza a escribir relatos y cuentos. Menchu Gutiérrez, en su interesantísimo prólogo a Vernon Lee en *La voz maligna* (Atalanta. 2006), nos revela cómo el egoísmo de la familia y su despreocupación por herir a Vernon le resultan a Mary tan descarados e insoportables que acaban en motivo de preocupación y de indignación: «Matilda (la madre) estaba orgullosa de Vernon y adoraba a Eugene. ¿Necesito decir con qué despótica y falta absoluta de escrúpulos sacrificaba la vida de Vernon por la de él?». A través de Mary también tenemos este pequeño *retrato* que hace de Vernon: «Tenía el pelo rubio y suave y ojos grises y benignos, que brillaban a través de unas enormes gafas redondas de estilo siglo

XVIII, puedo ver la larga columna de su cuello, los rasgos cómicos, irregulares y delicados, que formaban un rostro tan elocuente y entusiasta; y, especialmente, veo las manos finas, con sus frágiles dedos *retroussés* que emergían de los puños almidonados de su traje. Tenía un aire audaz, refinado, combativo y tímido al mismo tiempo».

Creo que esta descripción enlaza perfectamente con el retrato de Lee por John Singer Sargent: el mejor y más famoso de sus escasos retratos. Vernon como un *chico estudioso* y un poco irónico, con su cabello corto (o recogido) y sus gafas, con los labios entreabiertos como a punto de decir algo..., una réplica aguda, una frase feliz. Pero Vernon, era también amante del deporte, tal y como se entiende en esa época y como veremos en las páginas de este libro: largos paseos por la ciudad y el campo, excursiones en bicicleta en las que le gustaba bajar cuesta abajo sin frenos, marchas por la montaña... Un *chico inquieto* con afición a leer y escribir, siempre con libros y al vez siempre atento a lo que le rodea sin distinguir jerárquicamente entre los elementos: la gente, los objetos de arte, los edificios, los cielos, la luz...

Se puede entender que, en torno a Mary y su interés literario, ya que ella era poeta, Vernon se lanzara a distintos géneros, empresas siempre en prosa, fundamentalmente el relato corto, y específicamente el relato corto con fantasmas situado en el pasado, pudiendo aprovechar así la riqueza de conocimientos que tenía sobre ese tema y, sobre todo, pienso que expresando así todas estas «cosas que no pueden ser», pero que son, y que quedan en su psique como figuras sin reali-

dad, fantasmales, y a la vez presentes. Estas historias de fantasmas gozaban entonces de un gran seguimiento y demanda, era un éxito lógico de algún modo, en una sociedad tan represiva como la victoriana en la que tantas cosas quedan solo a nivel fantasmal, temas que se quedan sin nombrar, de índole sexual, claro, pero también, de los distintos abusos que se producen tanto a nivel familiar como estatal en el marco de una sociedad represiva que se pretende altamente moralista. Sin embargo, su primera novela *Mrs Brown* (1884) basada en el mundo artístico de la Hermandad Prerrafaelita y terriblemente ácida con respecto a esta, no tuvo el éxito que ella esperaba, y que quizás merecía. Según Henry James: «Enfríese primero, escriba después. La naturaleza de la moralidad es ardiente... ¡La del arte es gélida!». James le recomienda menos dureza en el juicio de sus criaturas literarias, y es verdad que, en su propia obra, James pocas veces juzga, sino que hábilmente describe, dejando a sus lectores la libre interpretación de los hechos y los personajes. Desgraciadamente para Vernon, enjuiciar es casi simultáneo con observar, no de una forma directa y ramplona, pero igual que al pintar tenemos que, inmediatamente, juzgar acerca de lo acertado de las líneas de un boceto, o de la justeza de los colores, para corregir o continuar, Vernon no puede evitar acompañar el juicio de su agudo sentido de la observación.

La amistad con James fue sin duda muy importante para Vernon, aunque frágil y llena de sospechas, como todas las relaciones de James con mujeres, en general, y especialmente con mujeres escritoras. Y se vio interrumpida cuando al gran novelista le pareció

verse retratado de modo poco halagador en un cuento escrito por Lee.

Pero, aún más grave para Vernon, su relación con Mary no duró más de ocho años, pues ella la dejará para casarse con el erudito francés James Darmesteter, un filólogo especializado en persa. Sin duda, Mary actúa así empujada por su familia que temía esta relación de amistad tan «fuerte» con Vernon y quería prevenir que acabase desembocando en algún tipo de escándalo: recordemos que son los años en que Wilde dio con sus ilustres huesos en la cárcel. A pesar de los intentos de Mary por demostrarle a Vernon que sin duda era esta la «mejor solución» y que no tenía por qué acabar con su *amistad*. Vernon sufrirá terriblemente, hasta el punto de caer en una depresión que le durará casi dos años. Felizmente para ella, en ese mismo momento de la ruptura, conoce a una pintora escocesa, Kit Anstruther-Thomson. Kit será la que le rescate de su tristeza y con ella como compañera de ruta iniciará una serie de estudios de orientación más científica que literaria, basados en la búsqueda de las leyes de percepción de la obra de arte que superen el subjetivismo y la auto-referencialidad, básicamente a través del concepto de *Einfühlung* o empatía, tal y como la desarrolla Theodore Lipps, como elemento principal en la «apreciación» del arte. Así Lee entroncará sus descubrimientos e hipótesis (que son anteriores) con la teoría de Lipps. A través de Vernon este concepto entra por primera vez en el vocabulario inglés de la crítica de arte.

Parece que Kit, —contrariamente a Mary no era una intelectual, sino una pintora—, sigue este camino

de investigación por el que la conduce Vernon, más por devoción amorosa que por verdadero interés personal. Durante los años de investigación sobre el arte y su efecto sobre el espectador, y en la escritura de los textos que surgen como consecuencia de esos estudios —textos escritos por Vernon, pero en los que continuamente intenta entregar más de la mitad del mérito a Kit—, parece evidente que la participación de Kit es más imaginaria o fantasmal que real. En realidad, Kit es el *conejillo de indias* o *ratón de laboratorio* de Vernon, que debe de explicar pormenorizadamente a Vernon sus reacciones físicas frente al arte: respiración, tensión muscular, y demás, frente a obras bellas o feas. Es una etapa en la que Vernon se cartea y publica con muchos científicos interesados en el mundo de la psicología de la percepción, ya que hablaba, leía y escribía en alemán sin ningún problema; es ahora una Vernon científica que busca orientar su vida y sus intereses de modo distinto a la etapa anterior. Finalmente, Kit, agotada de tener que estar involucrada de este modo tan física y mentalmente absorbente, en la vida de Vernon, también acaba por abandonarla. Esta decisión suya coincide con la amenaza de llevarlas a los tribunales por parte del crítico norteamericano Bernard Berenson que encontraba demasiadas coincidencias con las teorías de apreciación desarrolladas por Vernon y Kit y la suya propia; es notable cómo la amenaza de *escándalo* tronchaba vidas en esa época. En mi opinión Berenson, gran crítico de arte e historiador, otro ilustre habitante de Florencia, que también usó los descubrimientos de Morelli en muchas de sus teorías, pudo basar también muchas de

sus *intuiciones* en el trabajo que las dos amigas llevaban desarrollando durante años. Pero, sin duda, es un tema delicado, que requiere un cuidadoso estudio.

Para Vernon, el apogeo final de su vida lo constituyen sus distintas amistades del círculo literario y artístico, así como el trabajo constante. En total escribirá unas cuarenta obras a lo largo de su vida. Hasta el final estará interesada por «lo que se escribe» y mostrará su interés por los nuevos autores... Pero son sus propios textos lo más constante en la vida de Lee. Vernon pasará los años finales de su vida reclusa y sola en la casa que su familia había adquirido en Florencia, Villa Il Palmerino, como un fantasma sordo, pero digno. Después de un último esfuerzo por escribir una novela exitosa: *Louis Norbert* (1914) que fue también un fracaso comercial, centró su último esfuerzo intelectual en la defensa del pacifismo. Puesto que la última etapa de su vida coincide con la Primera Guerra Mundial, creo que es fácil colegir lo poco oportuno de esta última opción, odiosa para todos los países que pensaban sacar todo tipo de *rendimientos* de este terrible primer conflicto mundial. El pacifismo de Vernon está guiado, como todo en ella, por su sinceridad e idealismo, y también su amor por Alemania, que ella no podía ver como un enemigo sino como parte integral de la cultura europea y, por tanto, occidental. Una vez más, queda patente su independencia con respecto a las corrientes predominantes del pensamiento de su época, y queda claro que no pagó ningún tributo al mundo y sus veleidades para conseguir siquiera un poco del reconocimiento para la posteridad.

**EL ESPÍRITU DE ROMA**  
**FRAGMENTOS DE UN DIARIO**

VERNON LEE





DIS  
MANIBVS  
SACRVM

A todos los amigos,  
vivos y muertos,  
reales o imaginarios,  
mortales e inmortales,  
que han hecho de Roma  
lo que es para mí.

VERNON LEE

## EXPLICATIVO Y APOLOGÉTICO

Crecí en Roma, desde los doce años hasta los diecisiete, pero no volví allí hasta muchos años después. La descubrí de nuevo por mí mismo, aunque conocía todos sus escenarios y sus detalles; y por descubrir, quiero decir, entender su significado en mi mente y en mis sentimientos. De ahí que, en todas mis impresiones, se mezclan la familiaridad y el asombro; un sentido, tal vez real, de que Roma —parece una banalidad—, es completamente diferente de todo lo demás, y que, por lo tanto, establecemos una relación diferente con ella.

Probablemente por esta razón, he encontrado imposible usar, en lo que he escrito sobre otros lugares y su genio, estas notas sobre Roma. No puedo enfocar a Roma en una perspectiva definida, o verla en el color de un único estado de ánimo. Y lo que sea que le haya ocurrido allí a mi pequeña persona no ha dejado rastro en lo que he escrito. Lo que encuentro en Roma es la propia Roma. Está viva —más aún por su ocasional aire de muerte—, y uno está demasiado ocupado amando, odiando, siendo irritado o apaciguado, y reflexionando sobre sus contradicciones, como para recordar gran parte de los dolores y alegrías que los simples mortales pueden proporcionarle a uno en su presencia.

Una razón similar impidió todo intento de reescribir o alterar estas notas. Uno no puede sentarse e intentar un retrato fiel de Roma; al menos yo no puedo. Y el valor de estos apuntes para aquellos que aman la ciudad, o son capaces de amarla, es que expresan, por

muy torpemente que sea, lo que me dije a mí mismo acerca de ella; o, quizás, si la frase no es muy presuntuosa, lo que Roma, día tras día y año tras año, me ha confiado.

*Otoño de 1903*

Es extraño que, en la confusión de imágenes, no nuevas principalmente, pero extrañamente revividas —las mismas cosas traspasadas por el tiempo con nuevas claves—, mi impresión más impactante fuese algo tan impersonal, tan poco importante, como un antiguo sarcófago que sirve de base a una tumba medieval. ¿Sensaciones? Apenas. Mi mente parece un viejo libro emborronado, papel secante, lleno de fragmentos de frases, palabras que sugieren algo, y se niegan a absorber más tinta.

¡Cómo los había olvidado, y qué bien conozco estos pequeños detalles del pasado! Oscuros agujeros porosos en el *travertino*, el capitel invertido en los escalones de *Trinitá dei Monti*, las cariátides de la *Stanza dell'Incendio*, el ceño o la sonrisa maliciosa de los emperadores y filósofos en el Capitolio: cien detalles. Parece que no he estado mirando nada más en estos quince años, durante los cuales, sin embargo, todo eso había sido absolutamente olvidado.

La misma *Campagna* de hoy, conduciendo más allá de [la puerta] *Cecilia Metella*, aunque antes apenas la había visto, parece bastante familiar, no deja ninguna impresión. Sí, los cercados atados con juncos, sobrepasados por brotes de acianos; malas hierbas en la pared y la tumba, ondulaciones serenas de las verdes planicies, blancas masas de nieve flotando, por así decirlo, en el azul del cielo; trozos de acueducto a horcajadas, bultos de mampostería. ¿Estoy completamente y por siempre mimado por estas visiones? ¿Tanto me han dado que no pueden ofrecerme nada más? La vista de Arezzo y sus

torres bajo el azul, la nieve de *Falterona*, el pantanoso y verde valle con el caudaloso Tíber desde las últimas montañas de Umbría, parecía mucho más conmovedor que todo esto. ¿Es posible que Roma en tres días no me dé nada más vívido y atrevido que el pensamiento de ese sarcófago, inserto en la pared del *Aracoeli*, con sus sátiros y cupidos y uvas y pavos reales coronados por las cruces de mosaicos, las inscripciones medievales de Dominus Pandulphus Sabelli?

*Roma, febrero de 1888*

## II

### UNA MISA PONTIFICIA EN LA CAPILLA SIXTINA

48

Nunca pasé tantas horas y tan agradablemente como en esta tribuna, rodeado de susurrantes mujeres vestidas de negro, encogidas, rozándome con el codo y el velo, bajo la pared pintada con *La entrega de las llaves a San Pedro* de Perugino y decorada con imitaciones de repujados de cuero español, excelentes volutas doradas y celestes con motivos de granada procedentes de Rodas y escudos de Della Rovere con imágenes de robles.

Mi primera impresión es la magnificencia de todos estos ropajes: suizos con sus alabardas, caballeros de la Orden de Malta, chambelanes, como si fueran pinturas de Rubens o Frans Hals, prelados y cardenales, cada uno con su pequeño séquito de sacerdotes púrpura. Particular la perfección en el uso de estas vestiduras, algo análogo a la profundidad marrón del púrpura, la intensi-

dad carmín del escarlata, a causa de todos esos siglos de tradición. Al mismo tiempo, una impresión de total desconexión respecto a todo esto; ausencia de todo espíritu o significado. Esta magnificencia es el resultado de un gran saco de indumentarias de color púrpura, carmesí y oro, de magníficas cosas artísticas fuera de lugar, inútiles, sin patrón y casi odiosas; ceremonias, rituales, música complicada de Palestrina, frescos renacentistas abarrotados; ese enorme *Juicio Final*, esa masa de desnudos espantosos, brutales, cuidadosamente agrupados, como por un carnicero, en el áspero suelo azul; ese techo lleno de magníficas imágenes y figuras, simétricas, pero, al azar, portentosos muslos y hombros que parece que le golpean a uno en el ojo. La procesión papal, túnicas blancas, candelabros de oro, un anciano sacerdote tambaleante, pálido como si estuviera mareado, por encima de la multitud, por encima de las alabardas y penachos, entre los abanicos de avestruz blancos, soltando bendiciones a derecha e izquierda. El ruido de la gente arrastrándose de rodillas y luego incorporándose de nuevo, la lectura aguda de la misa y las letanías interminables e inacabadas superadas por espasmos sobrenaturalmente repugnantes del coro; el incesante movimiento de toda esta masa de espaldas negras, velos, capas, contornos de mejillas y orejas que asoman de vez en cuando entre diversos tipos de negro oxidado. No hay devoción, ni gravedad, ni silencio por ningún lado, entre estas criaturas que comen chocolates y ajustan sus lentes de ópera. La voz de M.P. en mi oído, ahora sobre el paganismo de Longus y Bonghi; ahora sobre la odiosa vecina que no la deja subirse a su asiento; terrible pena de no ver la cola del vestido del

Cardenal, maravilla de cristianismo surgido de personas como los Apóstoles —ese Getsemaní del Evangelio de san Mateo que ella trajo, junto con una gran cantidad de chocolate y el Fioretti di S. Francesco—, fealdad de las mujeres, etc. Y mientras, un grueso perfil de color rosa, la peluca de cabello gris como el polvo de una colosal soprano que se balancea fatalmente sobre la rejilla de oro que está por encima de nosotros.

50 Todo esto ocurre vagamente en un espacio de tiempo que parece bastante indeterminado. Poco a poco, sin embargo, un cambio sobre las cosas, o mi impresión de ellas. ¿Tal vez ocurre que cuando nuestro cuerpo está agotado, la mente se vuelve más susceptible a las impresiones homogéneas? No lo sé. Pero en lo alto, sobre la luz, el incienso llena el espacio por encima de las cabezas de las mujeres de negro, sobre las velas que se vuelven amarillas en las balaustradas de mármol talladas por las manos de Rovere con una vaguedad gris luminosa; el fondo azul del *Juicio Final* se convierte en una especie de profundo color jacinto del atardecer, en el que se retuercen y agitan, como serpientes rubicundas, el grupo de demonios y condenados, y entre ellos el Cristo desnudo y tremendo con su mano vacía; voces que se mueven arriba y abajo, que giran y giran en una interminable cadencia, que se convierten en extraños instrumentos (perdido todo sentido de registro y cuerdas vocales), arpas, cornetas y contrabajos sobrenaturales, raspando a menudo y gimiendo como un órgano roto, sobre el cual se agita el tono agudo de las sopranos. Y esas enormes siluetas en el techo, con sus prodigiosos muslos y dedos de los pies, con esos brazos y papadas, se agachan, se acurrucan y

fruncen el ceño; cuelgan inquietos de los arcos, se tensan cansadamente en los soportes, tristes, magníficos, llenos de sentimientos inexplicables sobre la nada. ¿Criatura colosal y profética en verde y blanco sobre el altar, en la piedra angular de la bóveda, agitando sus brazos para hacer tambalear todo o para sostenerlo? La propia creación del mundo se convierte en la creación del caos; el propio Creador se escabulle ante Él mismo, mientras aparta la luz de la oscuridad. Caos, caos, y todas estas imágenes moviéndose, retorciéndose, haciendo esfuerzos temerosos, en cierto modo existiendo, sobre la nada y en nada; como esas voces que retumban y tiemblan sin parar durante mucho tiempo.

Roma, 4 de marzo de 1888

51

### III

#### SEGUNDO REGRESO A ROMA

Soy sensible a la grandeza de Roma; no en el sentido de lo heroico o trágico, grandeza en el sentido de espléndida retórica. El tamaño de todo, las enormes pilastras y columnas de las iglesias, las enormes extensiones de palacios, la profusión de agua, la estatura de la gente, sus grandes barbas y cabelleras, su perezoso acento, todo tiende a lo grande, a lo enfático. No es una grandeza del esfuerzo ni es descabellada como la de la España jesuita, mucho menos de logros y fuerza condicionada como la de la Toscana. Es una retórica espléndida de boca ancha; con significado, ciertamente, pero sin restricción a un mero significado.



El hombre que mejor ha comprendido Roma, a este respecto, es Piranesi. Sus edificios, siempre inmensamente grandes, su vegetación extravagantemente fértil, no son excesivos para representar a Roma. Y esos charcos de negrura e inmensos lagos de tinta.

*Roma, 20 de febrero de 1889*

#### IV

#### ARACOELI

52

Finalizó la actividad propia de Aracoeli, una de las iglesias de aquí que más me gustan, o más bien una de las pocas que me gustan. Encuentro que el placer que desprenden las iglesias se debe, sobre todo, a que son los lugares más habitados del mundo. Visitadas generación tras generación, cada persona aporta algo grandioso o miserable como sus sentimientos; a veces asuntos robados al pasado, como los ritos mismos y su color pagano y hebreo; traer algo, quedarse, sin importar la aglomeración —como la vida se muestra independientemente de otra vida—: tumbas, cuadros, corazones plateados y cuadros votivos de accidentes y enfermedades, flores de papel, bancos de madera de mármol, colgaduras. Cada generación también se desgasta: los ladrillos y discos de mármol se vuelven irregulares, las columnas se pulen borrando con su huella el egoísmo de las efigies, reduciéndolas a mera superficie, mero contorno de pies rígidos, cabeza sobre el cojín y manos dobladas, lo que es tan piadoso y patético.

Una iglesia como la de Aracoeli, igual que la de Ravenna, tiene mucha personalidad: sus pilares han sido robados de edificios antiguos, y muestran, en sus flautas rotas o cicatrices de granito, que el clima también ha tenido sus sentimientos hacia ella, que ha compartido la vida, no solo de esta o aquella religión, pagana o cristiana, sino también la vida de los vientos y las lluvias. Iglesias como esta, que es de todo menos limpia, bien barrida y convencionalmente adornada, corresponde en cierto modo a la poesía de Browning. En ella, por una parte, tenemos su gran solemnidad que te acompaña, no perturbada, por la trivialidad de los detalles, pero también misterios y maravillas que abarcan la vida real de los exvotos y las imágenes de caballos fugitivos y casas en llamas. La vida se asemeja a los discos de pórfito del pavimento, a los preciosos pedacitos incorporados a los ladrillos pisados; la vida del presente extraída del pasado, como las columnas del templo que soportan arcos pintados con santos del siglo XVII.

53

El órgano acompañaba al canto de los monjes y yo estaba de pie ante la capilla de san Bernardino, donde se encuentra el Cristo en el oro. La mandorla con los ángeles que adoran y hacen música de Pinturicchio se levanta sobre la oscuridad azul tras la rejilla. Sentí extrañamente esa música del órgano. El ronco sonido de los tubos de bajo, el temblor nasal de la voz humana y del oboe, fue en realidad la música hecha por estos jóvenes ángeles de Umbría hace mucho tiempo, en la penumbra de su azulado cielo nublado, con la bendición de un Cristo recién resucitado pintado junto a ellos en un círculo de oro.

*Sábado Santo*

UNO NO PUEDE SENTARSE E INTENTAR UN  
RETRATO FIEL DE ROMA; AL MENOS YO NO  
PUEDO. Y EL VALOR DE ESTOS APUNTES  
PARA AQUELLOS QUE AMAN LA CIUDAD, O  
SON CAPACES DE AMARLA, ES QUE EXPRESAN,  
POR MUY TORPEMENTE QUE SEA, LO  
QUE ME DIJE A MÍ MISMO ACERCA DE ELLA;  
O, QUIZÁS, SI LA FRASE NO ES MUY PRE-  
SUNTUOSA, LO QUE ROMA, DÍA TRAS DÍA  
Y AÑO TRAS AÑO, ME HA CONFIADO.

VERNON LEE



## CUADERNOS DE HORIZONTE

Una ventana a la que asoman ideas y también miradas con las que reconsiderar los lugares que transitamos. Textos breves para pensar el viaje a través de la sociología y el pensamiento; la crónica o el relato breve, sin que falte una reflexión sobre la naturaleza y el paisaje.

CU#9 *Naturalezas*

RALPH WALDO EMERSON

CU#10 *Ensayo sobre el exotismo*

VÍCTOR SEGALEN

CU#11 *Viaje de Egeria*

CARLOS PASCUAL (ED.)

CU#12 *Variaciones sobre Budapest*

SERGI BELLVER

CU#13 *Huellas negras*

DIEGO COBO

CU#14 *Imagen de la India*

JULIÁN MARÍAS

CU#15 *Tiempo de Hiroshima*

SUSO MOURELO

CU#16 *Eva en los mundos*

RICARDO MARTÍNEZ LLORCA

CU#17 *La ascensión al Mont Ventoux*

FRANCESCO PETRARCA

CU#18 *El espíritu de Roma*

VERNON LEE

De entre todas las páginas italianas que ocuparon la obra de esta original y algo excéntrica autora, sobresalen estas miniaturas sobre Roma, la ciudad que conoció a fondo y por la que pasea una mirada de múltiples intereses, casi impresionista. Abarcan dieciocho años de su vida y varias visitas. Resulta una delicia seguir los pasos de esta italiana de corazón y dejarse atrapar por su espíritu iconoclasta, por sus juegos de imágenes y por la erudita lupa que aplica sobre rincones, edificios y obras de arte, a las que ilumina de forma magistral.

No es la Roma que deslumbra al creciente turismo de la época, y que Vernon Lee desprecia y caricaturiza, sino la de rincones e iglesias ocultas, casi fantasmales; la del silencio y la inmundicia que dignifica con su atenta contemplación. Aquí la erudición estética no está reñida con la anécdota, ni con la hilazón de fragmentos que parecen yuxtaponerse como las estructuras de Piranesi, el artista que según Vernon Lee mejor comprendió Roma. Conocida y traducida solo como autora de relatos fantásticos, la otra Lee, la enamorada de Italia, brilla aquí en toda su intensidad.

*Es tan peligrosa y extraña como inteligente,  
lo cual equivale a decir muchísimo.*

**WILLIAM JAMES**

*Sus relatos se acercan a la maestría de Isak Dinesen.*

**JAVIER MARÍAS**

*Contemplar las cosas junto a Lee era contemplarlas  
de verdad, lejos de las explicaciones para turistas  
de las guías Baedeker.*

**MAURICE BARING**

*Es tan poderosa y extraña como inteligente.*

**HENRY JAMES**

IBIC: WTL;1DST

**LA LÍNEA DEL HORIZONTE**  
*ediciones*

[WWW.LALINEADELHORIZONTE.COM](http://WWW.LALINEADELHORIZONTE.COM)

